

La seducción de lo extravagante

El éxito de la película arroja la versión literaria de «La forma del agua», de Guillermo del Toro y Daniel Kraus, que apenas se aparta del guion

MIGUEL ÁNGEL BARROSO

Guillermo del Toro es uno de los hombres del momento gracias a la cosecha de galardones que está recogiendo por la dirección de *La forma del agua*, la fábula sobre el amor entre dos seres periféricos, marginales –una empleada de la limpieza muda y huérfana y una criatura anfibia cuyos caminos se cruzan en un centro de investigación de Baltimore a principios de los 60–, que no deja indiferente a nadie, ya que el amor crece desde la compasión hasta un conocimiento carnal sin ambages. Falta el premio gordo, el Oscar que probablemente ganará el 4 de marzo en el Dolby Theatre de Los Ángeles (está por ver que le acompañe la estatuilla a la mejor película, pero eso es otra historia). Nacido en Guadalajara, México, hace 53 años, el cineasta también ha volcado en la literatura su pasión por el género fantástico y de terror, explorando, junto a Chuck Hogan, el universo vampírico en la *Trilogía de la Oscuridad*. Con Daniel Kraus ya colaboró en *Trollhunters*, que derivó en una serie para Netflix de gran éxito.



La forma del agua
Guillermo del Toro
y Daniel Kraus

Umbriel, 2018
384 páginas
18 euros
E-book: 5,99
★★★★

indicada para el público que disfrutó antes de la película, porque ese parece el recorrido lógico. Es probable que con la lectura posterior haya quien se reafirme en la sospecha de que agua somos y en agua nos convertiremos.

LA NOVELA ESTÁ ESCRITA CON HABILIDAD, avanza con capítulos cortos que invitan a dar un paso más antes de apagar la luz de la mesilla y, además, cuenta con bellas ilustraciones a cargo de James Jean. El barniz poético que los autores dan a su fábula apunta al amor «en sus muchas manifestaciones y formas». Sin embargo, no es el amor lo más valioso que un ser puede entregar a otro, sino su vulnerabilidad. Algo que olfatea y excita al villano de la función, Richard Strickland, el temible agente del gobierno que custodia al monstruo, que se burla de su supuesto carácter deífico al tiempo que fantasea con la mujer de la limpieza. «Dios tiene un aspecto humano», le dice a Zeldá, la amiga negra de la protagonista. «Se parece a mí. O a usted. Aunque, para ser sinceros, se parece un poco más a mí». Quiere someter a estos dos *freaks* porque lo extravagante tiene un gran poder de seducción. ■



Guillermo del Toro



Stephen King, rey del terror moderno y padre de familia

«BELLAS DURMIENTES», SOBRE KINGS Y REINAS

Stephen King y su hijo Owen han escrito a cuatro manos esta novela donde la maestría del maestro se ha esfumado

Bellas durmientes
Stephen y Owen King



Trad.: C. Mira
Plaza &
Janes, 2018
768 páginas
25,90 euros
E-book: 12,99
★★★★

RODRIGO FRESÁN

He aquí la novela ideal para todos aquellos que se emocionaron con el discurso/diatriba/llamada a las armas de la presidencial Oprah «Yes I Can» Winfrey en la pasada entrega de los Golden Globes. Una novela que –como lo de Winfrey– aunque bienintencionada y con afán de justicia es también maniquea, simplista, manipuladora, sin matices, autoindulgente, vulgar, atronadora, previsible y finalmente (con la colaboración de su hijo Owen, quien tuvo la idea para el engendro) uno de los fracasos más incuestionables e injustificables e imperdonables del más que admirable S. King.

El único mérito de *Bellas durmientes* es el de haber tenido la virtud de haber sido publicada en perfecta sincronía con uno de los Grandes Miedos del momento. Hasta ahora, King siempre había trabajado en reversa y sobrenaturalizando miedos muy clásicos del norteamericano medio. Miedo a lo extranjero, a las enfermedades, a la disolución familiar, a la gordura, al psicópata que puede lle-

gar a presidente... Pero aquí *Bellas durmientes* sintoniza a la perfección y en el acto con un temor si no nuevo al menos muy actual: la comprobación de que las chicas ya no solo quieren divertirse sino que, además, quieren saldar cuentas con los hombres que se portaron mal divirtiéndose con ellas. Sí: en *Bellas durmientes*, se acabó la fiesta y toca buscar el tiempo perdido y ganar la rebelión. O, al menos, de irse a un sitio mejor donde no haya tantos malos tipos. La hora ha llegado, como advirtió la despertadora Winfrey.

Pero, paradójicamente, esa hora llega cortesía del pandémico virus Aurora (bautizado así en honor a la princesa yacente de Disney) que pone a to-

MUCHO CUIDADO CON DESPERTAR A LAS BELLAS DURMIENTES. ABREN LOS OJOS DE MUY MAL HUMOR

das las hembras del mundo a dormir dentro de vainas/capullos. Y mucho cuidado con despertar a las durmientes bellas: abren los ojos de muy pero que muy mal humor...

Demasiado largo

Y todo *king-size* extendiéndose a lo largo de cientos de páginas con el ya casi inevitable defecto de buena parte del King tardío: resulta más lograda e intensa la parte realista. Di-

gámoslo así: *Bellas durmientes* no es *La danza de la muerte/Apocalipsis* ni *El misterio de Salem's Lot*, sino algo más cercano a la soporífera *La cúpula*. Y vuelve a poner en evidencia que King siempre trabajó mejor y cada vez destaca más en tramas más intimistas y en primeros planos que en estas superproducciones panorámicas con demasiados personajes. Lo menos logrado de *Bellas durmientes* y lo más triste y sorprendente –sobre todo teniendo en cuenta que King es un gran escritor de «lo femenino», ahí están *Carrie*, *Cujo*, *Misery*, *Dolores Claiborne*...– son los momentos de fácil prédica/comunión entre mujeres alcanzando iluminaciones del tipo «Siempre hubo hombres malos y mujeres malas. Pero en la batalla de los sexos los hombres peleaban más y mataban más. Los sexos nunca habían sido considerados iguales porque nunca habían sido igualmente peligrosos». Aún así –entre bostezos del lector ante tratamiento tan facilista de una cuestión tan compleja que merecía una aproximación fantástica más interesante e imaginativa– ellas concluyen que están dispuestas a perdonar y ofrecer una segunda oportunidad a todo cretino que prometa ya no solo pensar con su entrepierna en entrepiernas.

En 1994, Stephen King publicó un libro que no se cuenta entre sus mejores al que tituló *Insomnia*. *Bellas durmientes* da sueño. Mucho. A todas y a todos. Y a *me too*. ■